

EL MUNDO DE LOS ASTRÓNOMOS

Julián Serna Arango. Universidad Tecnológica de Pereira. Colombia

Resumen: A partir del concepto de mundo para nosotros como mundo apalabrado nos ocupamos de las vías tendientes a la construcción de mundo, y en particular, de la lógica y la literatura. Comprometida la lógica con un espacio semántico rectilíneo, es decir, con el ámbito físico-biótico, y la literatura, con un espacio semántico flexible, es decir, con el ámbito socio-cultural, se reivindica la pertinencia de los recursos literarios en el discurso filosófico.

Abstract: Departing from the concept of the world, as understood by us, as a world of words, we deal with the ways leading to the construction of the world, and, particularly, with logics and literature. Being logics committed to a rectilinear space—that is, to a physical-biotic setting—and literature to a flexible, semantic space—that is, to a socio-cultural setting—it is thereby justified the pertinence of the literary resources in the philosophical discourse.

1. El mundo apalabrado

Cuando nos preguntamos por el mundo que habitamos de inmediato pensamos en el universo. Que habitamos el mundo de los astrónomos, nadie lo duda, un mundo que se extiende hasta la última de las estrellas registrada por el más poderoso de los telescopios o de los radiotelescopios disponibles, un mundo compuesto por cientos de miles de millones de galaxias, cuyo inventario se incrementa año tras año al ritmo en que se editan las revistas especializadas, un mundo en donde las galaxias se componen de cientos de miles de millones de estrellas. Alrededor de una estrella que no se destaca ni por su tamaño ni por su luminosidad gravita la tierra, la cual habitamos durante un lapso de tiempo relativamente breve; comparado con los 15.000 millones de años atribuidos al universo sería menos de una milésima de segundo con relación al día.

En el mundo de los astrónomos, la fugacidad de la vida humana, así como su confinamiento espacial hacen de la existencia algo verdaderamente deleznable. ¡Cómo no caer en el nihilismo y la desesperanza! No necesariamente ocurre así. ¿Nos salvan del infortunio las prótesis psicológicas conocidas bajo el rótulo genérico de religión? El cristianismo, el budismo, etc., nos vacunan contra la finitud, pero la finitud se ha hecho resistente. Por obra y gracia de Darwin y Freud, Marx y Nietzsche, las prótesis psicológicas se revelan deleznales. Aunque las oleadas de nihilismo y desesperanza no se han hecho esperar, ellas distan de haber alcanzado dimensiones catastróficas o por lo menos no se debe generalizar. Así se hayan debilitado las fortalezas de la fe un día reputadas antisísmicas, y a pesar de la crisis existencial de allí mismo derivada todavía hay quienes se entusiasman por lo que hacen y por lo que dicen. Ello amerita una explicación.

Si el mundo para nosotros no es simplemente el mundo tal como acontece al margen de nosotros, sino el mundo mediado por nuestros prejuicios, presunciones y presupuestos, ello quiere decir que el mundo, o mejor, *nuestro mundo* se extiende hasta donde hemos apalabrado sentido. Así en los inventarios de nuestro mundo no figure todo cuanto registran los telescopios y radiotelescopios disponibles, *nuestro mundo* incluye cosas que

aquellos no están en condiciones de percibir. A la par que difiere del catálogo de las estrellas, el *mundo apalabrado* varía de persona a persona. Si el vecino y yo no compartimos o lo hacemos parcialmente tradiciones, oficios, actitudes, el inventario de cuanto tiene sentido para él difiere del inventario de cuanto tiene sentido para mí, y es menester concluir que —en diversa medida— habitamos mundos diferentes.

El mundo del comerciante —lo que tiene sentido, lo que existe para él— probablemente sean sus mercancías, sus estados financieros, sus socios, sus clientes. Para el poeta, el mundo se prolonga hasta donde llega su sensibilidad, para el filósofo hasta donde llegan sus preguntas, para el político hasta donde llegan sus ambiciones. A pesar de sus diferencias, los mundos del comerciante y del poeta, del político y del filósofo, y del astrónomo, tendrán, de otro lado, una cantidad de cosas en común, máxime si comparten las mismas coordenadas espacio-temporales. El idioma, la cultura, las instituciones, la mentalidad, en diversa medida. De otra manera no sería posible la vida en sociedad.

Aunque todos hacemos parte del mundo de los astrónomos, del mundo de la *Sociedad de consumo* y las partidocracias, no vivimos exclusivamente en él puesto que al margen de estrellas y planetas, ventas y votos, hay muchas cosas que tienen sentido para nosotros. Sueños, urgencias, veleidades a diario nos convocan. Así nadie niegue la existencia de las galaxias lejanas, su protagonismo en nuestras vidas deviene esporádico y marginal. Cada uno de nosotros vive en el mundo configurado por la red de sus afectos, sus intereses, sus ocupaciones, ese es el mundo que le concierne y no el de las galaxias lejanas. Mientras en el mundo de los astrónomos, el hombre sería deleznable, efímera chispa de conciencia relegada al último confín del universo; en el mundo construido por sus afectos, sus intereses, sus ocupaciones, el hombre, cualquiera de los miles de millones de individuos de la especie humana que han fatigado el planeta, adquiere un auténtico protagonismo. No de otra manera podría revelarse soportable, atractiva, inclusive, la existencia.

Por el mundo de los astrónomos, o mejor, por esa parcela del mundo de los astrónomos que —¡cuán poca imaginación la nuestra!— denominamos planeta tierra, caminamos, respiramos como hacen hormigas y jirafas; por el mundo apalabrado, por el mundo tejido por nuestros afectos, intereses y ocupaciones, en cambio, nos movemos a través de la reflexión, del diálogo y en ocasiones de la palabra escrita. Y a la par que transitamos ese mundo previamente apalabrado, lo vamos reconstruyendo, tarea la cual puede ser realizada de variada manera. Quisiéramos detenernos en este punto.

2. Los géneros literarios

Inventariar las maneras por medio de las cuales se configura el mundo apalabrado es tarea ardua. Bastaría referenciar algunas: mitos, poemas, himnos, oráculos, epopeyas, novelas, dramas, diálogos, monólogos, propagandas, sátiras, oraciones, meditaciones. Semejante diversidad de modos de apalabrar sentido ha sido objeto de estudio desde la antigüedad clásica, inclusive.

Cuando Platón y Aristóteles realizan el inventario de las formas literarias acreditadas en Grecia, registran su correlación con otros tantos contenidos temáticos. A la lírica corresponde la expresión del alma individual; a la épica, la gesta de un pueblo; al drama, las tensiones entre los individuos de una comunidad.

Es menester subrayar que las *afinidades electivas* entre las formas literarias y los contenidos temáticos responden a una práctica cultural consuetudinaria. No se acude a las recias

tonalidades de la épica para dar cuenta de las íntimas modulaciones de nuestra sensibilidad, ni nos valemos de las melodiosas cadencias de la lírica para celebrar las gigantomaquias nacionales, así como no se convoca a la guerra con cantos de amor, ni se eligen las piezas de una serenata del repertorio de marchas militares.

Si habitamos el mundo de los astrónomos, un mundo en cierto modo inmutable —aunque el universo cambia, lo hace en una escala de tiempo que se mide en millones de años, mientras que la vida humana transcurre en una escala de tiempo que se mide en años—, un mundo común a todos, el contenido (el mundo) sería independiente de las formas literarias por medio de las cuales damos cuenta de él. Si habitamos, no obstante, un *mundo apalabrado*, se trataría de un mundo que construimos y reconstruimos al hablar, al escribir, y en ese caso sería posible verificar una íntima conexión entre forma y contenido; la palabra no sería copia del mundo, sino ariete por medio del cual construimos mundo. De allí el paralelismo entre los contenidos temáticos y las formas literarias. Sin embargo, el discurso filosófico ha sido postulado como una excepción.

Mientras los géneros literarios se especializan en determinados contenidos temáticos, el discurso filosófico, en cambio, los abordaría a todos. De allí que el discurso filosófico reivindique su autonomía respecto de los contextos. De allí que evite las metáforas, las paradojas, las ironías, que introducen significados y sentidos alternativos y hacen necesario acudir al respectivo contexto para elegir la interpretación adecuada entre múltiples posibles. No sería otro el precio pagado por el discurso filosófico por aspirar a convertirse en un lenguaje universal. Mientras los géneros literarios se prodigan en la utilización de las figuras retóricas y por momentos lo hacen de manera exuberante, los discursos filosóficos, en cambio, los evitan. Confinados en los géneros literarios, las figuras retóricas serán eliminados del discurso filosófico por obra y gracia de una cirugía no propiamente estética. El resultado fue el *estilo plano* de la filosofía moderna. No obstante, algunas dudas surgen en el camino.

Así Platón, en la *República*, y Aristóteles, en la *Poética*, realicen una clasificación de las formas literarias paralela a la de los contenidos temáticos; Platón, en el *Gorgias*, y Aristóteles, en la *Retórica*, confieren al discurso filosófico un estatus especial.

Platón clasifica el discurso filosófico —su propio discurso— bajo el rótulo de «dialéctica», y lo contraponen a la retórica. Mientras los discursos retóricos tienen por objeto persuadir, es decir, operarían como racionalidad instrumental, como racionalidad sometida a fines; los dialécticos, en cambio, estarían libres de prejuicios y compromisos. No obstante, ello no resulta tan claro como a primera vista parece. Aunque todavía utilicemos palabras como «desinterés», como «imparcialidad», después de Nietzsche, de Freud, de Marx, es decir, de los *filósofos de la sospecha* (Ricoeur), resulta ingenuo discriminar por su conducto la dialéctica de la retórica, y hablar de una dialéctica «pura», no comprometida, desprejuiciada. ¿Si no es el desinterés, cuál sería el criterio de demarcación entre la dialéctica y la retórica? Ni siquiera los hábitos lingüísticos utilizados servirían para deslindarlos. A la par que los retóricos, Platón se vale de la ironía, la metáfora, la paradoja. La explicación es simple. Originario del mundo de la oralidad, el diálogo difícilmente obedece al libreto de un autor omnisciente, cuando los participantes estarían en condiciones de intervenir en él a través de preguntas, réplicas y comentarios, de ir construyendo un léxico común, así deban tomar distancia de los significados y sentidos propios del habla cotidiana, y lo harían con el ánimo de reseñar experiencias, ocurrencias renuentes a ser comunicadas de otra manera. De allí la posibilidad, la oportunidad, inclusive, de utilizar significados metafóricos

y segundos sentidos sin provocar ambigüedad, en la medida en que es posible verificar la existencia de un contexto compartido, así tales significados y sentidos difícilmente puedan incluirse en el libreto de todos los diálogos posibles. Resulta evidente que un mismo chiste, una misma ironía, no causa la misma hilaridad en todas las circunstancias posibles no por insuficiencia intelectual de los interlocutores, sino por falta de contextos.

Al clasificar la retórica como un discurso de segunda categoría, Aristóteles —más radical todavía— rechaza la utilización de figuras retóricas; ellas pondrían en peligro las pretensiones de autosuficiencia del discurso filosófico, su hipotética validez universal. En cuanto proporciona significados y sentidos alternativos frente a los significados y sentidos consuetudinarios, las figuras retóricas provocarían ambigüedad, la cual puede ser superada acudiendo al respectivo contexto únicamente. En su condición de discurso autosuficiente, el discurso lógico, en cambio, sería válido para todos los contextos, como ocurre con el discurso matemático, cuando proposiciones de la forma: « $3 + 4 = 7$ », se entienden por sí mismas sin importar el contexto donde aparezcan.

En un mundo construido a imagen y a semejanza del orden biológico, regido por una rigurosa taxonomía, en donde (para evitar dificultades nos referimos a los organismos que se reproducen por vía sexual) todo individuo pertenece a una especie, toda especie a un género, y así sucesivamente, la aplicación de la lógica no sólo sería posible, sino además deseable. En cuanto la retórica no cumple con las exigencias de la lógica, el estagirita la clasifica como un discurso de segunda clase. En sus *Analíticos posteriores*, Aristóteles afirma:

«Si la disputa dialéctica no hace uso de metáforas, evidentemente las metáforas y las expresiones metafóricas quedan excluidas de la definición» (1).

Formulada una clara delimitación entre la lógica y la retórica, entre el discurso autosuficiente y el discurso que exige el concurso del contexto, la clasificación del discurso filosófico no resultó tan simple como algunos pudieran esperar. Así los diferentes reinos de la naturaleza, y no sólo el reino animal, estén regidos por una rigurosa taxonomía, Aristóteles, quien en su condición de naturalista era un excelente observador, reconoció que en lo relativo a la vida práctica, lo que cuenta es lo particular, y lo particular únicamente se define de cara al contexto.

Si las diferentes palabras y giros lingüísticos operan en diferentes contextos histórico-sociales, acumulan otras tantas resonancias semánticas. El término «pagano» por ejemplo tiene en primer lugar una connotación religiosa negativa equivalente a no-cristiano, pero si conocemos su etimología lo podemos asociar con campesino. En otros contextos se contraponen el paganismo al ascetismo de los anacoretas y el término «pagano» estaría vinculado con el hedonismo, y por extensión, con el materialismo. Puesto que los cristianos se caracterizan por su fe, el término «pagano» se utiliza como sinónimo de incrédulo o descreído si se desea enfatizar en su condición de apóstata. Como las creencias precristianas sobreviven en los campesinos de la alta edad media, el término pagano se usa como *alter ego* de politeísmo. Infiel, supersticioso, hereje son otras tantas conductas relacionadas con el paganismo, y la lista pudiera continuar. Como los términos intercambiables con el término «pagano» no necesariamente se implican —no todos los herejes son politeístas, ni todos los hedonistas son campesinos y así sucesivamente— y en ocasiones se excluyen —como ocurre con los términos supersticioso e incrédulo—, si autor y lector no interpretan el término de la misma manera o por lo menos de manera compatible sobreviene la

incomunicación. ¿Cómo evitarlo? Es menester acudir a los contextos.

Más que registrar la existencia de vías alternativas para la comprensión de un mundo dado, la distinción entre la ciencia teórica y la práctica, entre el ámbito físico-biótico y el histórico, entre la lógica y la literatura, implicaría la existencia de vías alternativas para adelantar la construcción de mundo. Hábitos lingüísticos diferentes posibilitan la construcción de mundos diferentes, porque hábitos lingüísticos diferentes estarían comprometidos con espacios semánticos diferentes.

3. Espacios semánticos

3.1. Lógica

Un lenguaje configurado a imagen y a semejanza del orden biológico, como sería el lenguaje lógico de Aristóteles, tiene en los conceptos y las proposiciones sus estructuras básicas:

1. Mientras los nombres propios dan cuenta de los particulares, los conceptos por medio de los cuales determinada palabra quedaría comprometida con determinados atributos dan cuenta de las especies y los géneros.

2. La proposición de la forma A es B refiere la inclusión de un particular en un universal como por ejemplo: «Emilio es un canario», o de un universal de tipo 1 (las especies) en un universal de tipo 2 (los géneros) como por ejemplo: «El homo sapiens pertenece al género homo».

En cuanto participa de una rigurosa taxonomía, el discurso lógico, en síntesis, presupone un espacio semántico rectilíneo, conjurando así la ambigüedad y los dobles sentidos.

3.2. Literatura

Un mundo apalabrado, en donde las palabras y los giros lingüísticos acumulan resonancias semánticas, usos comprometidos con diversos contextos, es un mundo que tolera, si no es que promueve expresiones, discursos difícilmente comunicables (si acaso como paráfrasis) dentro de un espacio semántico rectilíneo. Algunos ejemplos:

1. La metáfora, la cual hace posible la transferencia de significados y sentidos entre campos semánticos diferentes posibilitando la creación continua de significado y sentido.

2. La paradoja, como resultado del encuentro de usos lingüísticos antagónicos vinculados con la misma palabra o expresión.

3. La ironía, en cuanto superpone al significado y al sentido explícito, un significado y sentido implícito.

El lenguaje ordinario es uno, pero las vías tendientes a la construcción de mundo, es decir, los léxicos, son muchos. Es menester acudir a las figuras retóricas para dar cuenta de la polisemia, así pudiéramos incurrir en la ambigüedad y los dobles sentidos. De otro lado, debemos realizar la operación contraria. Registrada la polisemia, es menester tomar en consideración los contextos para dilucidarla, así debemos individualizar las experiencias y renunciar a las comodidades derivadas de un espacio semántico rectilíneo en favor de un espacio semántico flexible.

4. El tratado y la tragedia

Habiéndose comprometido con el ideal del *estilo plano*, el cual presupone un espacio semántico rectilíneo, abundan los filósofos que no sólo han tomado distancia de las figuras retóricas, sino además de la lectura extraproposicional, es decir, de la lectura que deriva su significado y su sentido no sólo de las proposiciones, sino además de palabras y giros lingüísticos individualmente considerados —lectura subproposicional—, y de pasajes del discurso todavía más amplios —lectura supraproposicional— en los que surgen resonancias semánticas derivadas de la relación entre palabras y/o expresiones no contenidas en la misma proposición, como también del efecto de conjunto, del ritmo, inclusive. ¿Es ello defensible? Nos proponemos discutirlo.

4.1. Figuras retóricas

Si el hombre es (simplemente) un animal racional, haría parte de un mundo ordenado por una rigurosa taxonomía y nada más. De allí la condición de la posibilidad del discurso lógico, del tratado no sólo en lo relativo al ámbito físico-biótico, sino además en lo relativo al ámbito socio-cultural. Los discursos articulados por figuras retóricas a través de un espacio semántico flexible serían descalificados, en cambio, como un desvío, y a lo sumo considerados como licencias poéticas ajenas al discurso científico.

A partir de un concepto de mundo para nosotros como *mundo apalabrado*, el hombre, cada hombre, sería el lugar en donde se cruzan múltiples tradiciones y contextos. De allí la pertinencia del discurso literario en condiciones de dar cuenta de la ambigüedad y los dobles sentidos derivados de la diversidad de léxicos.

Mientras los discursos desarrollados a través de un espacio semántico rectilíneo son discursos en los que conceptos y proposiciones se definen autosuficientes; los discursos forjados a través de un espacio semántico flexible, en cambio, son discursos en los que los significados y sentidos de palabras y giros lingüísticos suelen remitir a los contextos.

En el ámbito físico-biótico es posible verificar la neutralidad de los contextos, cuando por ejemplo Guillermo de Occam formula la ley de la regularidad de la naturaleza de acuerdo con la cual las mismas causas producen siempre los mismos efectos. No ocurre otro tanto en el ámbito religioso, cuando la antítesis entre lo sagrado y lo profano constituye la antípoda por excelencia de la ley de la regularidad de la naturaleza. En el ámbito religioso resulta imprescindible tomar en consideración los contextos. No sería lo mismo (para el hombre religioso) orar en el espacio destinado al culto que hacerlo en el espacio destinado al ocio.

No sólo debemos tomar en consideración los contextos en lo relativo a las experiencias religiosas, es menester hacerlo en lo relativo a los episodios históricos en general. Experiencias consuetudinarias como el amor, el dolor o la muerte no lo son al margen de sus contextos, cuando adquieren su identidad a través suyo. De allí que en lo relativo al ámbito socio-cultural hablar de las cosas sin tomar en consideración los contextos, es decir, hablar de las cosas en abstracto implicaría hablar de algo que difícilmente existe. La célebre sentencia de Ortega: *Yo soy yo y mis circunstancias*, bien puede ilustrar lo dicho.

Mientras el discurso lógico alude a las cosas por medio de universales; la literatura, en cambio, las contextualiza. El lógico puede definir el amor, y su definición se pretende válida para todos los contextos posibles; el poeta, en cambio, lo ejemplifica. El lógico

aspira a lo universal; el poeta, en cambio, a lo particular, a lo singular, inclusive. Un tratado cuando más suministra pautas generales o esquematiza algunos tipos. Valiéndose de las figuras retóricas que le permiten realizar trasteos semánticos, así como de la superposición de significados y sentidos a pesar y a partir de la diversidad de léxicos, el poeta transmite la fuerza del amor, las modulaciones de la pasión, y en última instancia nos hace más sensibles, más vulnerables a las diferencias, tejiendo una red todavía más fina, una trama mucho más sutil.

4.2. *Lectura supraproposicional*

En su condición de discurso lineal-proposicional, el discurso lógico no sólo resulta inapropiado para captar significados alternativos y segundos sentidos, sino además significados y sentidos de orden extraproposicional. Un par de ejemplos:

1. En los discursos articulados a través de un espacio semántico rectilíneo, en donde las palabras están comprometidas con determinados atributos, es posible responder sin reticencias de ninguna especie, cuando por ejemplo nos preguntan si el número 5 es múltiplo de 3 o no lo es. De allí la existencia de una relación multívoca entre las preguntas y las respuestas. Dado un espacio semántico rectilíneo, en síntesis, los dilemas no tendrán más de una respuesta correcta.

En los discursos articulados a través de un espacio semántico flexible, en donde la palabra constituye el punto en donde se cruzan múltiples tradiciones y contextos, no es posible verificar tal relación biunívoca entre las preguntas y las respuestas, y se presentan, en cambio, dilemas literalmente irresolubles, o dirimidos a medias cuando el veredicto estaría viciado por la duda.

Si adoptamos hipotéticas fórmulas, leyes o principios para dirimir los conflictos sin remordimientos ni vacilaciones, ello sería posible a condición de imponer un monoteísmo axiológico en consecuencia; si medimos todas las experiencias con el mismo patrón como sería por ejemplo el placer o el dinero. No obstante, en lo relativo a la construcción del ámbito socio-cultural alternan diferentes criterios o valores, diferentes prioridades, y no estaríamos en condiciones de resolver sus dilemas sin reservas de ninguna especie.

La diferencia entre un problema matemático, en el que las respuestas falsas se descartan de una vez por todas, como quiera que habría un único criterio disponible: la cantidad, y un dilema histórico, en el que las decisiones se suelen tomar con reservas, cuando la elección se realiza a partir de determinado criterio en detrimento de otros, cuando el bien común compete con los derechos del individuo, el afán de reconocimiento con el *confort metafísico*, la neofilia con la neofobia, el presente con el futuro, lejos está de agotarse en su descripción. Mientras el inventario de los dilemas matemáticos se limita a la enumeración de sus opciones; el inventario de los dilemas propios del acontecer histórico contiene, en cambio, un elemento adicional: la tensión.

La tensión a la que permanece sometido Prometeo en «Prometeo encadenado» de Esquilo, cuando comunica al Coro que todavía está en condiciones de doblegar a Zeus, y hace la confidencia para reivindicar su orgullo, pero a la vez refrena sus palabras para no contar demasiado, para no echar al traste su plan, así sus contertulios puedan dudar de su efectividad, no es una tensión que se agote en el registro de una disyuntiva del tipo «¿Hasta dónde debo contar mi secreto para reivindicar mi orgullo sin echar a pique mi plan?» La tensión a la que permanece sometido Prometeo únicamente se revela a través de sus

diálogos, es decir, de pasajes de la tragedia cuya extensión desborda los estrechos límites de una proposición, de la acción de conjunto de una serie de contenidos semánticos, de su ritmo, inclusive, es decir, de una lectura supraproposicional.

2. En cuanto obedece a un espacio semántico rectilíneo, un discurso puede registrar la presencia o la ausencia de determinadas propiedades en determinados objetos, registrar las partes del árbol o el último Emperador de la china. No obstante, no todas nuestras experiencias admiten un tratamiento similar.

Dada nuestra condición histórica, la contingencia de nuestro acontecer, el futuro no sólo se revela ante nosotros como inevitable, sino además como impredecible. Porque no está comprometido con determinados atributos, por su condición de incógnita, el futuro, su inminencia, trasmite una sensación de incertidumbre, es decir, una sensación que no corresponden ni a la presencia ni a la ausencia de algo, corresponde, en cambio, a su indefinición.

Porque el discurso literario no está comprometido con un espacio semántico rectilíneo no cumple con el principio del tercero excluido de acuerdo con el cual las cosas son o no son sin que haya más opción, y estaría habilitado, en cambio, para transmitir la incertidumbre. No en vano la literatura se caracteriza por sus giros imprevistos, sus desenlaces libres de toda sospecha en las más logradas de sus obras. Las primeras páginas de un tratado, en cambio, nos permitan aventurar su punto de llegada, cuando no es que lo anticipan de manera explícita. El ensayo filosófico puede ser predecible como el tratado, pero en ocasiones toma la forma de la investigación realizada por un pensador sobre la marcha, como un pensador en camino, como un pensador fiel a su destino.

Anatematizadas las figuras retóricas, insensible a los significados y sentidos supraproposicionales como los relativos a la tensión y a la incertidumbre, el discurso lógico estaría en condiciones de prescindir de los contextos. A mayor autonomía, menor cobertura. Ajustado a las exigencias de un espacio semántico rectilíneo, el discurso lógico, en cambio, no estaría en condiciones de abordar ámbitos del saber irreductibles a los parámetros de una rigurosa taxonomía.

5. Conclusión

La filosofía, y más todavía la ciencia nos han revelado que la vida humana por no decir el universo es algo sumamente complejo, de los quarks a las neuronas, desde el átomo primitivo hasta la radiación cósmica de fondo, pero la imagen del mundo proporcionada por la ciencia y por la filosofía a través de un espacio semántico rectilíneo no dejaría de ser una imagen incompleta, insuficiente, si pasamos de largo ante los episodios, los pliegues y repliegues de la existencia que únicamente pueden ser registrados mediante el uso de metáforas, de paradojas, de ironías, dilucidados luego por conducto de una lectura extraproposicional; si la palabra se encadena a determinados atributos, es decir, si la asumimos como un término universal y no como una trama semántica en donde se cruzan múltiples tradiciones y contextos.

El recorte de mundo experimentado por los textos comprometidos con un discurso lineal-proposicional puede verificarse en diferentes disciplinas humanísticas. Una buena novela histórica o una buena película transmiten elementos contextuales que el más erudito manual de historia, en cambio, difícilmente proporcionaría. Un poema nos habla de los sentimientos humanos, una novela nos refiere los conflictos interpersonales con una

riqueza de matices tal, que un tratado de psicología por extenso que fuera no terminaría por conceptualizar.

Porque la lectura extraproposicional en general, y las figuras retóricas, en particular, tienen en la polisemia de las palabras y en la multiplicación de los léxicos, es decir, en el plurilingüismo, la condición de su posibilidad, ello llevaría a reivindicar el protagonismo del lenguaje en esa misma dirección. No obstante, debemos realizar la siguiente precisión:

Aunque desde un punto de vista sincrónico la trama de significado y sentido laboriosamente apalabrada condiciona la existencia, es decir, la prefigura; desde un punto de vista diacrónico, en cambio, la simplicidad o complejidad de dicha trama remite a la simplicidad o complejidad de la vida humana en unas circunstancias históricas dadas.

Al desbordar la concepción del conocimiento como información sustentada por el racionalismo y de manera todavía más radical por el positivismo, la utilización de los hábitos lingüísticos alternativos juega un papel de primer orden dentro de la cruzada tendiente a subvertir el monopolio de los términos universales y la lectura lineal-proposicional en la denominada «alta cultura», así como el recorte de mundo de allí mismo derivado.

¿Debiéramos reemplazar la filosofía por la literatura, cuyo repertorio de figuras retóricas y demás recursos literarios no ha sido decomisado por severos escoliastas? Aunque las obras literarias expresan la complejidad inaudita de la condición humana, y en ocasiones lo hacen con singular maestría, no se preguntan por los fines de los diferentes proyectos histórico-sociales o culturales y menos aún por los presupuestos de los que ellos dependen. De tales fines y presupuestos se ocupa, en cambio, la filosofía.

A raíz del *giro lingüístico* acontecido en la filosofía ha llegado la hora de replantearse el canon de los hábitos lingüísticos tiempo atrás vigente, y reivindicar las figuras retóricas, las lecturas extraproposicionales, tarea que no deja de contar con ilustres precedentes. Hegel y Heidegger, quienes sobre la marcha misma del discurso asumen las tensiones y las incertidumbres propias de la vida intelectual, pueden resultar incomprensibles si aparte de la tradicional lectura lineal-proposicional de su obra no se adelanta, además, una lectura supraproposicional. Un fenómeno en cierto modo paralelo se registra en el campo de la literatura, cuando la obra de algunos poetas como Esquilo, Hölderlin, Borges, se cruza con los grandes enigmas de la condición humana en diversos pasajes de sus obras. Son todos ellos puentes tendidos sobre el abismo que ha separado a la literatura de la filosofía, abismo abierto en tiempos de Sócrates, pero que algunos poetas y pensadores han atravesado en busca de su complemento; los poetas, para no caer en el esteticismo; los pensadores, para no encallar en la metafísica.

Un filosofar dispuesto a repensar los presupuestos y los fines del acontecer histórico sin simplificar el mundo —mundo que efectivamente se simplifica cuando el discurso filosófico se desarrolla a través de un espacio semántico rectilíneo—; una literatura que refleje la complejidad inaudita de la existencia sin limitarse a los primeros planos —limitación padecida por ejemplo por la literatura-sicario, es decir, por la literatura utilizada para *matar el tiempo*— constituyen otras tantas vías tendientes a construir y reconstruir el entramado de significado y sentido que configura la existencia, como la condición de la posibilidad de nuevas instituciones y nuevas mentalidades, es decir, del cambio para evitar el fin de la historia o el cierre del universo del sentido, o lo que es igual, la muerte del hombre.

NOTAS

- (1) Aristóteles. *Analíticos posteriores*. 97 b. En Obras. Madrid: Aguilar, 1964. P. 411.

Julián Serna Arango
Universidad Tecnológica de Pereira
Apartado Aéreo 97, Pereira
Colombia